

ordenó á Vedel «que marchara rápidamente á Bailén, se reuniera con el cuerpo de Dufour, y viera de arrojar al enemigo sobre Mengibar y del otro lado del río.»

El 17 por la mañana confirma esta orden recomendándole además la orden de velar sobre Baeza y la Carolina, puntos esenciales para sus comunicaciones. Vedel había ya llegado á Bailén; pero con gran sorpresa, encontró que allí no había nadie. Dufour, engañado por falsos informes cuya veracidad le era imposible comprobar, pues no tenían los franceses un solo espía en España, ni aun á precio

de oro, partió á media noche para ir á buscar al enemigo en dirección á la Carolina, á donde Reding podía, en efecto, dirigirse, sin pasar por Bailén, teniendo á su disposición dos caminos de travesía que conducían allí, uno por Linares y otro por Vilches. Vedel, engañado como Dufour y ante todo penetrado de la importancia de mantener nuestras comunicaciones y de sostener su colega, marchó como él á la Carolina dejando hacer sobre Mengibar un reconocimiento durante el cual se habría podido aplastar á Dufour, y Dupont, engañado á su vez, dióle su aprobación.



Martín de Alcazar

Luis de Pérez

Batalla de Rioseco

De esta manera se fueron encadenando los errores que pueden llamarse inevitables, dada situación tan complicada, pues en defecto de tales equipaciones se habrían cometido otros errores no menos graves.

Vedel juntóse con Dufour en Guarraman. En este punto se les confirmaron los rumores de la marcha de Reding á la Carolina, por consiguiente los dos generales se fueron cada vez más metiendo por entre Sierra-Morena, dejando tras sí desocupados puestos de importancia capital, como Bailén y Mengibar, que creían al abrigo de todo ataque, ya que suponían al enemigo metido por la Sierra.— 17 de Julio.

Reding, á quien se iba á buscar tan lejos, no se había movido de Mengibar. Habíase aprovechado de la presencia de la aparición de algunas guerrillas en la Sierra para acreditar los rumores dichos que tenían por efecto dispersar sus adversarios. Pero

tan pronto notó su marcha, ocupó fuertemente á Bailén de concierto con la división de Coupigny, cortando así á Dupont su retirada natural. Efectuóse este movimiento el 18 de Julio con unos diez y ocho mil hombres. En verdad corría el riesgo de ponerse entre dos fuegos en el caso de un súbito regreso de Vedel, pero para toda eventualidad tenía asegurada su retirada sobre Mengibar, y por otra parte poseía, combinando sus movimientos con Castaños, siempre apostado en frente de Andújar, una tal superioridad de fuerzas sobre Dupont, que pensaba y no sin razón, que tendría todo el tiempo necesario para aplastarle antes de toda diversión en su favor. Dupont supo con estupor el mismo día 18, la presencia de un cuerpo español en Bailén, bien que sin conocer su fuerza. Resolvió sobre la marcha evacuar el campamento de Andújar, á fin de dejar expedito á Bailén y ponerse en comunicación con sus divisionarios.

Llegada la noche, levantó Dupont el campo de una manera furtiva, y gracias á hábiles precauciones pudo engañar á Castaños que continuó delante de Andújar. Dupont tenía aún 11.000 hombres compuestos de la división Barbou, de la caballería Fresia, de los marinos de la Guardia, de los guardias de París y de un regimiento suizo. Obligado á mantenerse en guardia de dos lados á la vez, embarazado por una interminable línea de setecientos á ochocientos carros que llevaban sus enfermos y sus

bagajes, colocó sus equipajes en el centro y dividió sus tropas en dos cuerpos, el más débil á la cabeza, porque creía á Reding menos temible que á Castaños. Estos dos grupos caminaban separados uno de otro por una distancia que no bajaba de una legua, si hubiesen marchado todos reunidos tal vez hubiesen logrado forzar el pasaje. El 19 de Julio á las tres de la madrugada, la cabeza de la columna francesa, chocaba con las avanzadas de Reding, apostadas en el torrente de Rumblez que corre á



GOUVION SAINT-CYR

corta distancia al frente de Bailén, esto cuando Reding se disponía por su parte á marchar sobre Andújar. La acción empezó á las cuatro de la madrugada, pero sólo con dos brigadas por parte de Dupont, fuerza apenas insuficiente para sostener la defensiva. Llamó á todo escape las fuerzas de su cola á la cabeza, pero éstas no iban entrando en fuego sino sucesivamente, lo que quitó á sus esfuerzos el conjunto y la fuerza necesarias para abrir paso en las masas enemigas. Los franceses atacaron con brillante valor, rechazando varias veces la primera línea española; pero no consiguieron abrir la segunda, y la artillería de Reding que le era muy superior, desmontó en breves instantes las baterías francesas.

A las diez de la mañana las fuerzas de Reding desbordaban por todos lados las posiciones de Du-

pont. Cargas de caballería, vigorosamente ejecutadas por los dragones del general Fresia y los cazadores del general Dupré, las rechazaron en desorden sobre su cuerpo de ejército, pero con esto no conseguían ventaja alguna. La reserva española permaneció inquebrantable. Sin embargo, la lucha no fué ya tan enérgica. Los soldados franceses, rendidos por una marcha de siete leguas y por intolerables calores, devorados por una sed horrible en medio de un desierto sin agua, se entregaban á la desesperación. Batíanse por ocupar una cisterna, por algunas gotas de agua que habían quedado en el lecho de un torrente ya seco. Dupont, desesperado, tentó hacia medio día un último esfuerzo que fracasó como los otros delante de la impenetrable barrera que le oponía el ejército de Reding. Mil quinientos hombres estaban ya fuera de combate, entre ellos mu-



chos oficiales, y el mismo Dupont estaba herido. Las alturas se coronaron de paisanos armados que fusilaban á los franceses ocultos tras de las rocas y de los bosques; los soldados suízos descontentos de tener que batirse contra sus compatriotas que combatían en las filas españolas, desertaron. En esto el cañón no tardó en dejarse sentir á espaldas de Dupont. Era el ejército de Castaños que acudía, bajo la dirección de Peña, para tomar parte en el combate y cerrar á Dupont todas las salidas. ¿Cómo resistir á este nuevo ejército, no habiendo podido vencer al primero? Este fué el último golpe. En aquel momento serían las dos de la tarde. Dupont pidió una suspensión de armas que concedió Reding. En cuanto á la capitulación que al mismo tiempo pedía, á fin de obtener libre paso para Madrid, se remitió á Castaños, que la negó, exigiendo que su cuerpo de ejército se rindiera á discreción.

Durante estas negociaciones, que duraron toda la noche del 19 y parte de la madrugada del 20, el general Vedel, de vuelta de la Carolina en donde no había encontrado á quien combatir, vino á tomar posiciones, después de haber perdido mucho tiempo á espaldas del ejército de Reding. Habiendo llegado á Bailén después de la batalla, hacia las cinco de la tarde, dióla en atacar á los españoles, que estaban confiados en la fe del armisticio, haciendo un millar de prisioneros y tomando, además, varios cañones. Pero una orden de Dupont puso muy justo fin á este combate, haciendo conocer á Vedel las negociaciones entabladas con Castaños. La negativa de Castaños ofrecióle á Dupont ocasión de principiar de nuevo la lucha en la mañana del 20 de Julio con el concurso de la división Vedel. Si su posición entre Castaños y Reding era de las más críticas, no era muy favorable la de Reding entre Dupont y Vedel. Un golpe de audacia ejecutado con esa energía de que Dupont había dado el mismo ejemplo en Albeck, Halle y Friedland y en tantos otros encuentros, le habría probablemente abierto el paso, á costa, es verdad, de un gran sacrificio. Pero sus soldados estaban rendidos de cansancio por las privaciones y fatigas que sufrían desde la antevispera. Dupont mismo estaba abatido, y lo que lo demuestra es, que en vez de tomar sobre su responsabilidad la iniciativa de una resolución atrevida, reunió un Consejo de guerra, al cual, según los términos mismos de la deliberación «pidió su opinión acerca de la situación del cuerpo de ejército.»

Rara vez las resoluciones heroicas son colectivas; ahora bien, sólo una inspiración de ese género podía salvarle. Dupont era incapaz de experimentar

una de esas iluminaciones súbitas, en varias ocasiones lo había probado, pero era de esos militares cuyos recursos salen de su imaginación y no del carácter, y cuya alma está por consecuencia sujeta á pasar de un extremo á otro.

Dupont era un hombre de buen gusto y de fantasía; admirable en la conversación era por ello buscado; tenía aficiones literarias; cuando ya era general, concurrió por su premio de poesía. Sus escritos prueban una inclinación pronunciada para el énfasis y la declamación; hasta en sus relaciones militares, no puede dar á éstos el rigor y la precisión de los escritos de tal clase. En fin, nunca había sufrido un contratiempo y era de aquellos que no poseen todo su valor sino en el triunfo; además nunca había mandado en jefe, y para la primera vez que se le dejaba entregado á sí mismo, se encontraba en una posición erizada de dificultades y poco menos que insurmontables.

Así, como era fácil de prever, el Consejo fué de opinión que toda resistencia era inútil. Volvióse, pues, á las negociaciones con Castaños por la intermediación del general Chabert, del general Maroscot, que estaba de paso en el ejército de Dupont sin formar parte de él, y del escudero del emperador Villontrey que había ya negociado el armisticio.

Estaba Castaños á punto de consentir en que regresaran los franceses á Madrid, cuando una desgraciada casualidad hizo que cayera en sus manos un despacho de Savary, quien, cada vez más convencido de la necesidad de concentrar el ejército al rededor de la capital, prescribía á Dupont que ejecutase precisamente esta marcha á la capital. Castaños volvió, pues, á sus primeras exigencias, y pidió que las divisiones cortadas se rindieran á discreción. En vista de las reclamaciones de los negociadores franceses, consintió en conceder á Dupont el regreso por mar, pero á condición de que las divisiones Vedel y Dufour quedasen comprendidas en la capitulación.

Los negociadores franceses tuvieron la debilidad de aceptar esta condición, con la quimérica esperanza de salvar las dos divisiones en peligro, comprometiendo las otras dos que tenían el camino libre. En su consecuencia redactaron una capitulación en virtud de la cual el cuerpo entero de Dupont debía, después de haber entregado las armas, ser dirigido al mar por San Lúcar y Rota para ser luego embarcado y transportado á Francia. El artículo 11 estipulaba cuidadosamente la conservación de los bagajes de los oficiales superiores «que no

debían someterse á ningún examen,» y el art. 15 estipulaba que los generales «tomarían las medidas necesarias para encontrar y restituir los vasos sagrados que podrían haberse quitado en varios encuentros y en particular cuando la toma de Córdoba.»

Cuando se llevó á Dupont la acta en que se encuentran estas deshonrosas estipulaciones,—21 de Julio, por la mañana,—Vedel hacía ya algunas horas que había desaparecido, no dejando delante de las avanzadas mas que un cordón de tropas. Encontrábase ahora ese general fuera de todo alcance con sus dos divisiones; la capitulación que, por una insostenible ficción le constituía prisionero cuando estaba libre, no se había aún firmado, el deber de Dupont era claro é inexorable; no debía rectificarla á ningún precio.

Los españoles furiosos al ver que se les escapaba Vedel, amenazaban con pasar el cuerpo de Dupont al filo de la espada; Dupont, pues, no tenía más que resignarse á correr su suerte dejándoles la responsabilidad de un crimen injustificable. Pero cedió ante las amenazas y envió á Vedel la orden de regresar. Por lo menos, habría podido darle por el oficial que le llevó esa orden, el consejo verbal de desobedecer, pero no lo hizo. Vedel que estaba ya en Santa Elena, cedió á pesar suyo, conforme al aviso casi unánime de sus oficiales, y llevó sus tropas á Bailén, en donde compartieron la triste fortuna del cuerpo de Dupont, y más de 20.000 soldados de ese Grande ejército tan orgulloso, cayeron de una sola vez en poder del enemigo que más despreciaban.

La capitulación fué violada casi tan pronto como fué concluída. La Junta de Sevilla rehusó ratificarla; y las tropas de Dupont, objeto de malos tratamientos, permanecieron prisioneras hasta el fin de la guerra,—1814,—á excepción de los oficiales superiores, que fueron enviados á Francia. Dupont habiéndose quejado con amargura de esa falta de palabra, Thomas de Morla, gobernador de Andalucía, le respondió con injuriosas recriminaciones:—«Vuestra excelencia, le escribía el 10 de Agosto, me obliga á decirle verdades que le serán amargas. ¿Con qué derecho reclama la ejecución de un tratado concluído en favor de un ejército que ha entrado en España bajo el velo de la alianza y de la amistad, que ha puesto preso á nuestro rey y á su familia, saqueado sus palacios, asesinado y robado á sus súbditos, asolado sus campos, usurpado su corona? Si V. E. no quiere atraerse más y más la justa indignación de los pueblos, que yo trabajo en apa-

ciguar, procure con su conducta aminorar la sensación de los horrores que causó en Córdoba... ¡Qué estímulo para el populacho saber que uno solo de vuestros soldados era portador de 2.480 libras tornesas!»

A esas recriminaciones poco había que responder fuera de que los crímenes de unos no autorizan los crímenes de los otros... pero el gran culpable era el hombre que los había arrojado á tan funesta situación, levantando contra ellos la execración de los pueblos, era el capitán infatuado que creía poder dirigir desde Bayona á cinco ó seis jornadas de distancia, operaciones que exigían á resoluciones á cada momento. Napoleon solo, fué el verdadero autor del desastre de Bailén, impidiendo al ejército de Andalucía repasar la Sierra Morena, como Dupont y Savary lo pedían...

Sin embargo, Napoleon proseguía su viaje triunfal á través de las ciudades del Mediodía por Tarbes, Agen, Tolosa, Burdeos, siempre persuadido de que, según su expresión, «nada había que temer de España.»

José había llegado á Madrid el 20 de Julio con impresiones bien diferentes. En vano el *Moniteur* decía una y otra vez, que su viaje por España no había sido más que una ovación, que su entrada en Madrid, se había verificado en medio «de las aclamaciones de un pueblo inmenso;» su hermano en vano le decía en todas sus cartas: «Tened valor y estad alegre, no dudéis jamás de un éxito completo.» José no se tranquilizó. En las cajas públicas no encontró un sueldo, todo el mundo huía de su lado, una implacable hostilidad reinaba en todas las miradas. El mismo sentía, el primero, que esos sentimientos de animosidad eran sobrado justificados, y honradamente se indignaba por los excesos cometidos por las tropas francesas contra sus futuros súbditos. Había denunciado ya á su hermano las vergonzosas depredaciones de ciertos oficiales, que habían llegado hasta el extremo de arrancar las hebillas de plata de los arneses de la corte para apropiárselas; luego le denunció un comercio todavía más vergonzoso, el de los objetos del culto robados á las iglesias y conventos de las ciudades entregadas al saqueo: «Si V. M., escribía á Napoleon el 22 de Julio, hiciera escribir al general Caulaincourt que está informado del pillaje fríamente organizado en las iglesias y casas de Cuenca, haría un gran bien. Yo sé que la almoneda de vasos sagrados celebrada en Madrid, nos ha hecho aquí mucho daño.» A los dos días, el 24 de Julio, insistía sobre este punto y sobre las otras dificultades de la situación; denun-